DISCURSO DE RECEPCION

Por Luis López de Mesa

Existen en mí esta noche dos sentimientos muy frecuentemente enlazados en la vida del hombre: el placentero de llegar a la eximia posición en que va a colocarme por gracioso donativo de honra esta Academia ilustre, y el de angustia por el presentimiento indeclinable de que seré inferior a la demanda. Orgullo fue en mí el aceptar tan encumbrada empresa, o vanidad talvez pecaminosa, mas he de decir, en disculpa, que no pude resistir a la tentación de estar cerca de estos varones que tan grandemente han servido a Colombia, por ver de contagiarme, ya que en lo intelectual ello no es posible, al menos moralmente, de su espíritu.

He dicho que se siente angustia al entrar a la Academia Colombiana, sin exagerar en lo mínimo siquiera; para tenerla bastaría el recuerdo de los sabios que ocuparon estos sillones desde aquel día augusto de su creación. Que sus sombras venerandas me perdonen el atrevimiento de entrar a este recinto, en compensación de lo mucho que las quise y que las quiero.

Para encubrir mi deficiencia voy a abrigarme esta noche en un tema de estudio tan seductor y tan grande, que haga olvidar a todo este auditorio selecto lo exiguo del que viene a sustentarlo: concepto y sentimiento de patria.

*
* *

El pueblo gusta de establecer algunas distinciones muy sutiles en la calificación nominativa de sus representantes, y llama, por ejemplo, doctor Núñez al estadista del Cabrero; señor Caro a don Miguel Antonio; don Rufino y don Marco a nuestros ilustres filólogos Cuervo y Suárez, respectivamente; Antonio José nombra, a secas, al jugoso prosista Restrepo, y en diminutivo, contra la lógica de los volúmenes, trata de Santiaguito al simpático cosmopolita Pérez Triana.

He ahí un rasgo de la sicología de los pueblos que debiera detenernos un instante a remediar una tesis demasiado universalmente difundida sobre la estulticia de las colectividades: en este modo de nombrar a sus gentes el pueblo las califica con una sorprendente intuición del carácter, casi las circunscribe y como que las enmarca dentro del sino social que cumplen. A Nariño no estaría bien llamarlo general, aunque lo fuera en dilatadas actuaciones; al general Mosquera no osaríamos llamarlo don Cipriano, ni Francisco de Paula corres-

ponde en manera alguna al organizador de Colombia. Así como la lengua adquiere matices idiomáticos que fotografían la cultura de las naciones en un momento dado, aquellos adjetivos pre-nominales resumen lo esencial de las personas que califican.

No parece sino que el pueblo, mediante el sutilísimo instrumento del idioma, filtrase en algún raro modo las cualidades superfluas de las personas que contempla su interés o su cariño en busca de la esencia que las caracteriza y distingue. De manera que, a la larga, el nombre viene a constituir uno como sustantivo abstracto de la virtud prevaleciente, cual ocurre en la relación que existe entre platónico y Platón, entre Voltaire y volteriano, v. gr. Es una afirmación de esencia, de lo esencial que hay en cada personaje histórico, el simplificar su nombre o su apodo, hasta convertirlo en la denominación de una virtud o potencia: Cristo, Buda, César, por ejemplo.

El pueblo goza de una intuición de los valores, en que puede, como los individuos, equivocarse a veces, pero que mucho le sirve para entender, y mucho más le ampara en la espontánea defensa en sus destinos. El juicio ya popularizado de que la turba tiende a la insensatez, corresponde a la sicología de las pasiones y de los efectos perturbados, y no a la del entendimiento: el ardor de aquéllos empaña la diafanidad de éste, así en los individuos aisladamente como en la congregación en muchedumbre. El fenómeno de contagio "emocional" aparece en el un caso y en el otro, sino que más destacado en la asociación de las masas por ineludible consecuencia de cuantía. Desde luego nadie intentará confundir pueblo con agrupación popular, y todos gustamos de presuponer en el primero, cuando se le evoca en el sentido de nación y no de clase, eximias condiciones, superación o quintaesencia de las virtudes individuales, depuración suya al menos, y así decimos, v. gr., que el pueblo francés procede con orden mental, el inglés con firmeza volitiva, el español con efusión de afectos.

Desligado en susodicha forma el concepto muchedumbre, pueblo, de la génesis de una inferioridad ideológica y de conducta que califica como cosa aparte de la "sicología de las multitudes", miremos si la agregación espacial, pues que la numérica no resiste el considerando de una excepción peculiar suya, o *sui generis*, como solemos decir, aporta inferioridad al juicio y disminución de alteza. Y digo que no, porque de la misma manera que se contagian y "emocionalmente" se difunden las malas pasiones, las buenas y hasta las heroicas pueden padecer en el agregado "multitud" saludable efervescencia espiritual, como lo atestiguan en la historia de todos los países los grandes movimientos de la fe religiosa, de la caridad y del patriotismo.

De donde el que pueda yo decir ahora que la "sicología de las multitudes" no es género aparte de la individual, sino modificación suya cuantitativa, tanto para el mal como para el bien. Lo que ocurre es que en la congregación efímera del gentío, los más emocionados, los más apasionados, los más fácilmente embriagables, son los alocados y neuróticos, y los de mentalidad inferior, por otra ley de la sicología individual asimismo.

Y algo más hay aún que decir en estas materias, pues he observado que nosotros confundimos algunas veces los conceptos de "opinión pública", de "sociedad" y de "muchedumbre". Entre multitud y sociedad hay diferencias fundamentales: la primera es operante, se rige por el afecto, el fervor, la embriaguez ejecutiva; la segunda es deliberante: juzga y prejuzga por tanteos de definición en defensa del grupo. De ahí en gran parte el origen de la murmuración, defecto de la una, y de la intemperancia, defecto de la otra. Podemos decir que la sociedad es eminentemente crítica, y la multitud mística, sobre todo.

La sociedad tiene misión muy noble en la evolución espiritual del hombre, pues lo modela, lo limita o apoya, según su índole, si la contemplamos aplicada al individuo; es origen y cauce de las facultades mentales superiores, si la estudiamos desde el aspecto de su valor universal.

Más aún: hay una mudanza perenne, flujo del cosmos, devenir que crea situaciones nuevas, y con ellas nuevas necesidades, nuevos apetitos, nuevos sentimientos, nuevas ideas, diferente sensibilidad afectiva. Es lo que llamamos progreso y novedad de los tiempos. Pues bien, la sociedad percibe esto como una vaga inquietud, como una inconformidad indefinible, sorda rebeldía sentimental que sólo el genio, cuando aparece, precisa en fórmulas inteligibles.

Mas no se crea que en la multitud sólo hay pasión dañosa y torcidos senderos morales: como fuerza ejecutiva que es, y no razonante, tiende toda a la acción, y tanto sacrifica a alguien como se hace ella misma sacrificar con el impulso de su esencia, que es el fervor, cual se ve en las batallas, en las peregrinaciones y aun en el bullicio de unas fiestas sociales.

Por lo que hace a la "opinión pública", pudiéramos definirla como un cuerpo de juicios que "se forma" en el seno de la sociedad y a veces actúa "ciegamente" en las multitudes.

Así definida mi interpretación de estas materias de estudio de la sicología contemporánea, todavía me preocupa y aun me inquieta otro aspecto suyo: el de la intuición que la sociedad parece poseer en grado mayor y más sutil que la aisladamente individua. Los juicios populares tienen un no sé qué de alquitarado que los hace indelebles. ¿Acaso no ocurre así en los adagios, epifonemas de la conducta o síntesis impecables de una sabiduría de intuición? Y esta es la justísima palabra para nombrar la virtud intelectual más confusa y eficiente que poseen las sociedades: intuición o adivinación cuasi sibilina de lo bueno y de lo malo que atañe a sus intereses. Así se vio entre nosotros varias ocasiones, al apreciar un hecho momentáneamente contradictorio, rumor de guerra, murmullo de mala conducta, estimación de caudillos: muchas de estas veces el proceso intelectual de las sociedades siguió la oscura senda de la intuición y por vagarosa comunicación de simpatía o de antipatía, telepática al parecer, interpretó un hecho o un personaje. Tal ocurrió en la recién pasada contienda internacional que padeció Colombia, pues que diciendo los peritos y buenos sabedores que eran falsas las noticias que el pueblo

entreveía y ansiosamente comentaba de continuo, a poco transcurrir del tiempo triunfaba la revelación popular por sobre el mentís infortunado de los conductores. ¿Y por qué no decir de paso que aquello era un error elemental de sicología, bochornoso e ingenuo? Desde la hondonada de mi posición civil, dije muchas veces a los arcontes, por medio de quienes hasta ellos podían hacer llegar su voz: "La palabra de Colombia no se descuenta." Yo recordaba el ejemplo plausible de aquel último gran rey de las Españas, que tanto cuidó de la veracidad de sus opiniones, que al fin se hizo un adagio europeo el decir: "Si el rey Carlos lo afirma, no se discute." Yo sabía también que mentir es contraprudente en muchas ocasiones, inútil las más, y siempre desdoroso. Lo que puede suscitar el entusiasmo de las victorias, lo realiza igualmente el anhelo del desquite. "La palabra de Colombia no se descuenta", fue mi azorado refrán de aquellos días, y aun pienso que sería un hermoso lema para esta patria de José Félix de Restrepo y de Francisco Javier Zaldúa, quienes así lo enseñaron, practicándolo gloriosamente a la faz del mundo.

*
* *

Todo esto me fue necesario decir para mostrar al público cuánta sustancia hay en la manera como el pueblo nombra a sus conductores, que mejor parece que así los define y califica, los mima o defiende. A José Vicente Concha, el distinguido ciudadano a quien reemplazaré especialmente en este sillón académico, ya que mis méritos ante la república no me permiten suponer que le sustituya en su eminencia de conductor, a él, digo, le llamamos siempre "doctor Concha", nosotros los de la turbamulta popular.

El representó eminentemente en Colombia algunas de las manifestaciones políticas del siglo XIX, el culto de las normas republicanas, la democracia, digamos, o igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, los fueros de la persona ante las veleidades posibles de la autoridad civil, y fue, como el siglo en que nació y la nación a que pertenece, un liberal discreto y firme, conceptualmente discreto y volitivamente firme. Por dichas razones, alcanzó a ser un representativo de sus conciudadanos en ciertas horas de la vida patria. Y como lo fuera bajo la especie de un expositor universitario, nuestro pueblo acertadamente lo nombra sin apartar de su nombre el título doctoral. Título éste de que abusamos sin duda en el trato social, con un abuso que es igualmene símbolo de la índole de nuestra nación, pues indica que por encima de todas las distinciones y prerrogativas de un ciudadano destacamos la cultura intelectual, y por ello le decimos doctor, con el sólo fundamento de la urbanidad y reverencia a veces.

Esta frase incidental de que el doctor Concha fuera un hombre del siglo XIX trae al primer plano de mi discernimiento la necesidad inaplazable de una rectificación: nosotros, los que hemos despertado a los conturbadores problemas sociales del siglo XX, apreciamos despectivamente las actividades de nuestros abuelos en religión, en política

y en arte. Es una injusticia ante la cual mi espíritu se revela. La política romántica de nuestros antecesores, cuando el encomio de la individualidad y de la burguesía fue lema encendido, y belicoso varias veces, puede aparecérsenos hoy desmantelada de sus más recios fortines, porque ya vivimos la hora de otras reivindicaciones, pero ellos cumplieron su destino, y con ese cumplimiento acercaron a nosotros el que a nosotros corresponde. De ahí que un personaje como el doctor Concha, aunque hoy parezca a muchos anticuada su ideología, debe ser interpretado y entendido en la plenitud de su valor dentro de la hora en que ese valor fue vivido.

No soy yo, infortunadamente para mí, el hombre dotado de las capacidades indispensables para interpretar su vida en este instante. El estudio biográfico exige una sutil potencia de análisis sicológica, adecuado conocimiento de la virtud, ciencia o arte en que le cupo en suerte actuar, más una cierta adivinación de los elementos "imponderables" que sin haber entrado en la historia, son, ello no obstante, eficaces modeladores de la vida, supremos talvez en no raras ocasiones. Mi conocimiento del doctor Concha adolece de la carencia de muchas de tales circunstancias, pues no fui nunca perito en la ciencia del derecho constitucional, a que él consagró muchos desvelos; fugazmente he transitado por entre la enmarañada urdimbre de los estudios penales, otras de sus actividades preferidas; nunca le oí en las resonantes arengas con que escaló puesto eminente en el parlamento colombiano, y apenas si hasta mi humilde retiro de estudiante llegó el eco de sus obras de magistrado supremo cuando ocupó la sede de Bolívar. Mi deficiencia va más lejos aún, porque no hallo en mis haberes intelectuales aquel recurso de pericia historiográfica que consiste en valuar justicieramente el mérito o el error de lo correspondiente de su misión política que dejara de hacer en oportuno tiempo, y que, en tratándose de grandes conductores, constituye porción, no por negativa menos edificante, de una acabada biografía.

Felizmente para ustedes, los que en este instante honran mi discurso con su bondadosa presencia, aquí entre nosotros está quien va a suplir con palabra castiza y claridad de pensamiento, esa precaria situación de mi espíritu: Eduardo Guzmán Esponda ha vivido la vida bogotana en que descolló el doctor José Vicente Concha; le oyó en sus mejores lides parlamentarias; siguióle muy de cerca en su derrotero diplomático; lo vio en la oposición partidaria y en la rectoría suprema de los destinos de esta nación; supo de él y de sus obras cuando fue periodista, profesor universitario, ministro del gabinete ejecutivo, editor y traductor de libros, y hasta pudo observarlo en las faenas de la privada ciudadanía, lo que para formar un juicio biográfico es de insuperable auxilio, ya que nuestra manera íntima de vivir, nuestros amigos, sobre todo, son índice y pauta de indeclinable calificación. Mal puede regocijarse un hombre ilustre en el trato de individuos moral e intelectualmente defectuosos. Los múltiples adagios en que los pueblos han enmarcado esta observación dicen lo que la sicología nos enseña: que todo interés corresponde a un apetito, que toda vocación está condicionada por una facultad.

Y así digo, muy meditadamente, que este Guzmán Esponda, mi amigo dilecto, evocará con leal sabiduría la obra de uno de los conductores políticos de Colombia que más destacadamente captaron la simpatía de sus conciudadanos durante tres largos decenios de intensa labor. El lo dirá bien: su ágil pensamiento atrapa con pasmosa sencillez la esencia de los actos, y su disciplinada erudición le permite concatenarlos en deleitoso estilo. En sus manos, pues, encomiendo mi tarea.

Mas no puede este humilde servidor de ustedes renunciar aína al gozo entrañable de comentar una de las virtudes que aprestigiaron el espíritu de nuestro conciudadano José Vicente Concha: su desvelado amor patrio.

*
* *

El patriotismo y el nacionalismo, que es su incorporación normal, están sujetos en este instante a severas indagaciones conceptuales y aún a enconadas luchas de partido. Siempre fue orientación predilecta de los grandes pensadores, desde el alba misma de las civilizaciones históricas, un Confucio, digamos, abogar por un concepto de patria universal; y en nuestros días escuchamos de parte de los conductores del "proletariado" voces de inconformidad para con la estrechez nacionalista de la cultura contemporánea. Al lado de este idealismo, en su esencia misma irrefutable, asistimos en esta hora angustiada y augusta al encomio de la patria bien delimitada y circunscrita por una nación o por una porción de tierra, como instrumento el más adecuado para servir a los intereses de la especie.

Por lo tanto, me excusarán ustedes que me interne un poco, apenas hasta donde mi inadecuada preparación me lo permita, en el análisis de este concepto de patria y del sentimiento que lo engendró y mantiene.

Tal concepto varía apreciablemente al lento paso de los siglos; no así el sentimiento en que arraiga, tenaz como las hondas estructuras del espíritu humano. Contra él se han alzado a veces la religión y la política, la filosofía y el comercio, y con más frecuencia aún, el amor y el hambre. Lozano perdura, sin embargo, a través de todos aquellos huracanados vaivenes.

Ya en remotas edades fue puesto a dura prueba por la expansión guerrera de algunos pueblos, los de Irán, digamos, y del Eufrates, el griego de Alejandro y el egipcíaco de los hicsos, que tan audazmente movieron las naciones en masa para desligar de la tierra el sentimiento de patria y encadenarlo a la noción política de una ciudadanía imperial. Así lo ambicionó la Roma de los Césares, cuando concedió las prerrogativas de la urbe a muy diversos pueblos en muy remotos países. Igual pensamiento abrigó el cristianismo de la Edad Media, y a poco más lo alcanza con la institución del papado, con la empresa batalladora de las cruzadas y el influjo ecuménicamente modelador de las universidades. Bajo la égida de la religión lo combatieron durante un milenio los hijos espirituales de Mahoma; con

un suave yugo de lealtad monárquica y algo de teología y de moral lo impusieron los incas en América, y una restricción de conveniencia comercial retiene hoy la comunidad de las naciones británicas.

A estas superestructuras casi convencionales es preciso añadir dos elementos eternamente invictos en la determinación de la conducta humana, que también se enfrentan en ocasiones al patriotismo: el amor y el hambre, cuya acción disyuntiva del suelo patrio es tan fácil de estudiar en los grandes movimientos migratorios del siglo XIX. No se requiere ninguna pericia histórica para entender que el hambre ha hecho buscar a los humanos, de la misma manera ineluctable que siempre lo hicieron animales y plantas, la soñada Canaán ubérrima. En Australia y los Estados Unidos, en la Argentina y el Brasil, vénse los enantes afligidos de escasez contemplar su nueva patria con irrevocable ternura y serle heroicamente adictos.

Y del amor no se dirá lo suficiente en cuanto a su formidable poder de arraigar a un ser humano en determinada región. Oirán ustedes enaltecer con vehementísima exaltación un paisaje o una cultura extraños: pues en verdad les dice mi exigua experiencia de los hombres que detrás de tales panegíricos, cual arbotante de esos palacios de Aladino, hay el roce fugaz de un beso que resecó con ansiedad los labios para siempre.

Y no obstante aquellos artificios y estas tremendas realidades, a través de las centurias, por lo que respecta a las naciones, y al declinar de la vida, por lo que incumbe a los individuos, surge inmoto y puro, dolorido como una caricia frustrada y ensoñador como anhelo juvenil, ese sentimiento indeclinable de la patria.

Y surge siempre nimbado de mágicos poderes, hasta asumir los atributos de la deidad, de una deidad, al menos. Así se reveló en Atenas, que de Atena hubo el nombre, y fue entidad moral tan sagrada para su gente que Sócrates prefirió morir a desobedecer el mandato de sus instituciones, aunque idealmente le amparase la justicia. A los romanos no les satisfizo la consagración heroica de sus vidas a la patria, sino que muy pronto enalbaron aquel homenaje hasta la apoteosis, y le imprimieron tan místicamente en el alma de las generaciones futuras, que el romano-númida Agustín, de ella remoto por la sangre, la geografía y la fe, nunca volvió en sí de la estupefacción al mirar y ver que su poderío feneció un día. Sagrada fue la Meca, y santa asimismo Jerusalén. Sacro llamaron sus rectores al imperio planetario de Carlos V; celeste nombran sus hijos al semicontinental que por milenios recogió la civilización asiática, y Santa Rusia es el cariñoso nombre con que los suyos evocan la patria entidad moscovita, "santa" y gloriosamente definida y libre, a pesar de todos los mandamientos de redención internacional que proclaman hoy sus conductores. Y ¿qué otra significación entraña el sintoísmo en los dominios del micado? También así se adivina un asunto teomórfico en las bellas denominaciones de Britania, Galia, Germania, Iberia, Lusitania, y más reciente aún, en la apocopada noción internacional de "América", pues basta con muy somera indagación en la actitud patriótica de sus

nacionales para aprehender en ella un halo inconfundible de divino acatamiento, un culto vagaroso de latría.

Inclinación tan natural en todos los pueblos, que aun Colombia a tiempo de nacer se vio ya alzada a lo divino por boca del grande Olmedo, en ese prólogo genial de nuestra epopeya en gestación que tituló *Canto a la batalla de Junín*, en donde se lee que Bolívar fue "hijo de Colombia y Marte".

En el concepto de patria se subentiende de una manera primordial el territorio, aunque la formación del vocablo interpreta una relación con los antepasados. Comprende asimismo un significado de nación, de gente ligada por múltiples relaciones sociales. Estas dos interpretaciones no son igualmente compartidas por todos los pueblos, pues uno observa que los derivados de la raza aria del norte europeo prefieren en sus tierras la noción territorial, como es notorio en las palabras "fatherland" del inglés y "vaterland" del alemán, y en sus correspondientes de las lenguas escandinavas: "födeland" del danés, fädernesland" del sueco, en que predomina el sentido de "land", derivado del céltico "lant", territorio, mientras que los mediterráneos, y nosotros con ellos, usamos de preferencia el término "patria", dejando a "tierra" el expresar a veces la patria chica o regional ("heimat" de los alemanes), como cuando decimos: "me voy para mi tierra". Esta inclinación subconsciente es precisa en la influencia que ha cobrado la voz "country" de los ingleses, evolución fonética de la francesa "contrée", comarca, y lo ocurrido inversamente en la romanización de los francos que usaron hasta el siglo XVI el término "pays", y más antiguamente, "païs", del latino "pagus", región, y por aquella época tomaron del italiano el de "patrie", que hoy prevalece entre ellos. No deja de ser esto interesante, si se memora el mucho orgullo que de su sangre tienen los pueblos arios de la rama sajona-teutónica, y la gran ternura que los otros, franceses e italianos, por ejemplo, acendran en el suelo de su nacionalidad.

En pueblos de múltiple y muy variado origen, como es el caso de nuestra república, el concepto de patria se torna más abstracto aún, y parece hacer hincapié en los lazos sentimentales de una tradición común, puesto que hasta el territorio padece de una cierta indefinición histórica, por haber sido cercenado a veces o modificado en varias ocasiones. En nosotros se rompe, por estas razones quizá, la costumbre de dominar el territorio de las nacionalidades con un derivado abstracto de la tribu que los pobló en su origen, al modo de Media, derivado de Mada, Persia de Parsa, Bactriana de Bajtri, Judea de Judá, Alemania, Francia, Inglaterra, etc., en épocas más recientes, en tanto que Argentina, Brasil, Colombia, digamos, obedecen a otras normas de derivación, a veces de una altísima idealidad.

Y todavía pudiera descubrirse un sentimiento no nada consciente de paternidad en la visión anticipada que tienen los colonos de la patria que emprenden fundar, una ternura que se dilata al futuro y justifica el calificativo de "filia", con que alguien propuso alguna vez reemplazar el de "patria" como mejor adecuado a la tendencia normal de la vida que encauza siempre nuestras actividades hacia el

porvenir, según se revela en la orientación de los sentimientos, el querer más al hijo que al padre, al nieto que al abuelo, etc. Y no se crea que es una novedad de nuestra época el tal concepto de "filia", porque en la *Hélade* se vio algo semejante entre los estados peninsulares y algunas colonias lejanas de la Magna Grecia, de la Hesperia o de Marsalia. Ni tampoco sería exagerado interpretar como un concepto y un sentimiento de "filia" el que mueve a Eneas en el poema virgiliano a conducirse tan poco gentilmente con las reinas africanas. Esto mismo vese entre nosotros durante la época fecunda de la emancipación nacional, cuando los héroes de la epopeya van sin vacilaciones a la plenitud del sacrificio por dar a sus descendientes alma soberana y suelo libre, lo que tanto vale como decir que consagraron cuanto fue necesario para la creación de una "filia", la que hoy formamos nosotros, y por la cual, en nuestra gratitud, a ellos llamamos, con uno de esos hallazgos felices del subconsciente, "padres de la patria", y no hijos suyos, cual fue su gentilísimo pensamiento.

Conjugado en presente de indicativo cobra otra interpretación este sentimiento patriótico, al decir, como decimos, en tratando de las generaciones que nos acompañan en la misteriosa y bellísima tarea de vivir, remozando aquella subdivisión que el pueblo griego hizo de la sociedad suya con el nombre de "fratría". Con lo cual tenemos ya formada una hermosa tríade verbal de *patria, fratría y filia,* trinitaria deidad de patriotismo que complace la mente por una peculiar inclinación suya en las gentes de nuestra "civilización occidental" a hacer etapa en el número tres, quizá encarrilados en ello por la constitución elemental de la familia de padre, madre e hijo, tan frecuente en la teurgia de las culturas antehistóricas que acaso pueda considerarse como universal, aunque otros números, el siete de los caldeos, de origen astronómico, y el cinco de los chinos, de filosófica procedencia, hayan gozado también de mucho auge.

Sea de ello lo que fuere, una definición de patria es algo tan exigente que no está en mis alcances el ofrecerla a ustedes con la dignidad de una rotunda afirmación. Muchas habría de mero valor literario, quizá muy hermosas; pero ello es que hoy día gustan las gentes de una severa fotografía de la realidad, y más desdeñan que encomian las poéticas divagaciones de antaño: la definiré entonces como "un ambiente de vida jurídico, económico, sentimental y cultural".

De aquella nebulosa grandiosidad que comúnmente tenemos de patria, a este comedido y restringido vocablo "ambiente" que acabo de emplear, hay aparentemente una enorme diferencia de magnitudes. Lo que ocurre es que lo sentimental es de suyo vagaroso, de cuantía indefinible, engañosamente grande, en tanto que lo conceptual se concentra en límites precisos que lo hacen aparecer menor. Es la diferencia volumética que existe entre el vapor y el agua, entre un grano de incienso y la humareda que su combustión produce. Y talvez es flaco este paralelo, porque hay luenga vía entre aquel sentir la patria como una deidad y este medirla en su valencia de instrumento. Empero, la inconformidad se disipa muy en breve si

paramos mientes en las prodigiosas cualidades de tal instrumento del vivir humano.

Un ambiente jurídico, que es lo que técnicamente llamamos el Estado, y con el cual podemos vivir en armonía de justicia dentro de las fronteras del país y ocupar un puesto de dignidad en el concierto universal de las naciones. En este solo plano de la definición caben todas las normas del derecho con su grandiosa estructura, desde sus bases, aun inescrutables en gran porción, o al menos confusamente entrevistas apenas, hasta sus aplicaciones en un volumen de codificación que ya desconcierta el espíritu por su extensión y su complejidad. Lenta adquisición que la humanidad ha venido capitalizando en milenios de lucha, con un esfuerzo espontáneo, pero muy a menudo inconsciente, por hallar el equilibrio de las fuerzas sociales con los menores choques posibles, las menores resistencias, el menor dolor, en suma; prodigioso movimiento que apenas si cabe en los dominios de la historia, de la ética, de la sociología y de la misma religión; que ha dado extenso margen y dolorosísima oportunidad a miles de guerras en centenares de siglos. Con ese don de escrutinio del pasado que tanto acerca a los hombres a la divinidad, podemos hoy medir en breve línea gráfica aquella derrota ideal del humano esfuerzo, esa su accidentada y penosa ruta, y darnos cuenta de lo poco que es en sí como adquisición y de lo cuantioso que resulta el sacrificio que ha demandado de esta especie misteriosa y efímera que formamos los hombres; y así vemos el predominio de un afortunado, que es lo que caracteriza el imperio militar y las dictaduras; el predominio de unos pocos privilegiados que asumen la oligarquía monárquica, algunas jerarquías religiosas y no pocas repúblicas de casta feudal; el predominio de una burguesía que por la ciencia, la astucia y el dinero constituyó las democracias liberales; el predominio del número, que hace de las masas proletarias el advenimiento del "cuarto estado" porque ahora se debate el mundo; y, en fin, el reino utópico de la armonía de todos los valores, que a través de tantas vicisitudes impetra el espíritu atormentado de la sabiduría. Visto así en este escorzo de evolución moral se percibe inmediatamente una primera enseñanza sociológica, la de que lo alcanzado es apenas el logaritmo del esfuerzo, porque a la progresión aritmética del avance moral corresponde la terrible progresión geométrica de las luchas por darle la momentánea estabilidad de un triunfo. Y nada importaría tamaña disparidad de relaciones en esa proporción, si no viniese a conturbar la mente del filósofo de la historia el hecho implacable de que el margen de bondad de todas aquellas instituciones, lo que de suyo es bueno sustancialmente, lo que de suyo es bueno por ingénita virtud, padece de una relación inversa, que va de la progresión geométrica del anhelo a la parca progresión aritmética de las realizaciones. Ese margen es muy breve, y sujeto, además, a contradicciones aleatorias, a las contradicciones de una fortuna que incidentalmente puede hacer nugatoria la bondad sustancial misma. Una de esas contradicciones, dejando de lado a las que corresponden a los infortunios ineluctа-

bles que emanan de la naturaleza, es el hombre individuo en quien se encarna momentáneamente la vida de las instituciones. De ahí que considere yo, si ustedes me permiten tanto atrevimiento y tan repetido entrometerme en este mundo prodigioso de la exégesis de las sociedades, que sigue siendo el hombre, la unidad hombre, el problema básico de la cultura, del progreso y de la felicidad de las naciones. De ahí que sólo me interese el estadista que prepara prudentemente las generaciones futuras, y tenga cierta enconía por aquellos seudo conductores de nacionalidades que asumen para su persona la finalidad de todos los tiempos y la capacidad de todos sus conciudadanos. De ahí, sobre todo, que ponga un interrogante al frente de la eliminación de los fueros de la personalidad en beneficio inconsulto del Estado. Somos, y yo lo soy cordialmente, hombres que sentimos los deberes sociales en un primer plano de la vida, mas no quisiera que extremase mi patria el señuelo de la absorción de la personalidad por el conglomerado demótico o por meras abstracciones.

*
* *

Un ambiente económico es también la patria. Una capacidad para producir lo que requiere la sustención filosófica de la sociedad y las comodidades propicias al goce moralmente equilibrado de una felicidad material. Pasaron los tiempos románticos en que se supuso vanamente que el hombre puede ser honrado y gentil en la miseria. Una buena patria es, pues, un ambiente económico para la holgura de sus hijos. Ya vimos en todas las edades abandonar el hombre su patria nativa por la filia pródiga del colono, cruzar mares, escalar cumbres, surcar la pampa en busca de alimento. Y fue tan caudaloso este desfile de migraciones en la pasada centuria, que dio pábulo a una revolución humana, la de unificar la civilización, modificar las razas y casi universalizar un modelo de cultura.

No pretendo yo, sin embargo, sustentar irrestrictamente la tesis de que los elementos económicos son la base suprema de la historia: en el estudio de la vida nacional colombiana me fue dado discernir cinco poderosos *aglutinantes* de su unidad y perdurabilidad, de los cuales sólo uno es fundamentalmente económico.

Mas he aquí que es esta una base tan sustancial, que la conducta de los pueblos contemporáneos sobre ella se construye casi absolutamente, casi despóticamente, habiendo dado ella ocasión y motivo para una impresionante serie de actos políticos internos e internacionales que dejan mucho que desear de la inteligencia humana: pugna de monedas, pugna de aduanas, pugna de mercados coloniales, pugna —no es necesario sonreír— pugna de pasaportes, mediante la cual sólo los delincuentes y los aventureros logran hoy día recorrer el mundo sin martirizantes y humillantes ceremonias, que en algunos pueblos, ya prácticamente enloquecidos, llega hasta deprimir el decoro personal y ridiculizar a la especie.

En la exaltación de este fundamento de las naciones se está llegando a la aspiración de una vida económicamente insular, a hacer

del mundo civilizado un archipiélago económico de naciones, para lo cual la química y la física, la biología y la ingeniería contribuyen con caudalosa aportación; porque si antes el mundo colonial de las materias primas, o materiales de elaboración industrial, fue una exigencia ineludible de las naciones cultas, hoy gozan de recursos que perfeccionándose día por día prometen una independencia económica absoluta o poco menos.

Por este aspecto, afortunadamente, nuestra patria nada puede temer en un amplio desarrollo del futuro, pues que tiene consigo ambos reinos, el metropolitano y el colonial. Empero, el ánimo se conturba levemente al suponer que la comunicación de los pueblos por el contacto personal de los viajes se estorbe al fin con la creciente dificultad del intercambio económico, acarreando un estancamiento de la cultura por carencia de rivalidad, de excitación mental y aun del apremio de las necesidades, cual ya ocurrió en algunas regiones del planeta. Un poco se conturba, digo, solamente, porque luego surgirán oportunas correcciones a esta ingeniosa ilusión de la "economía dirigida", eficaz talvez en pequeña escala, francamente inoperante en las grandes magnitudes, en las que el azar recobra pleno dominio, sujetando a su adusta indiferencia las sutiles combinaciones del entendimiento.

Fundamental ciertamente en la vida de las sociedades, el dinero no es la causa más segura de la felicidad del hombre; este sentimiento deriva de tres fuentes principales, porque es sobre todo conceptual, es decir, hijo de una interpretación, como la mayor parte de las fuerzas morales que rigen nuestra sique; porque es, asimismo, resultante de un temperamento, de una manera de sentir alegre o melancólicamente los sucesos de la vida cotidiana; y por último, y digo último a sabiendas de lo que pueda sorprender a muchos, debido a los elementos objetivos, a la misma realidad bienhechora. Afirmo estas cosas para que se enmiende nuestra educación familiar y escolar en el sentido de una exaltación del concepto de la vida, de una estimación de ella que la acredite como el tesoro máximo que no cupo nunca en la mente de los hombres, así sean los supremos rectores de la sabiduría. La vida es manifestación de una deidad, y su goce, la alegría inmarcesible de su posesión, debe proclamarse con el grito sagrado de nuestra gratitud. Hombres que la tienen y gimen, que aun la tienen poderosamente juvenil y gimen, que gimen aunque ella vuelque sobre sus cabezas la cornucopia de todos los bienes, belleza, vigor y fama, caricias recónditas, ricos haberes... ¡con cuánto gusto ahorcaría yo ante el tribunal de Dios a estos débiles mentales que están afeando el mundo!

Es también la patria un ambiente cultural. En este sentido es un grupo humano que se congrega en torno de una sensibilidad para interpretar los problemas supremos del ser y de la vida. Una cultura es fundamentalmente eso: un cuerpo de doctrina, pues la religión, el derecho y el arte, la misma civilización material, son exégesis de una idea madre de distintas direcciones, mejor dicho todavía, son las ramas de un mismo tronco cultural, cuya simiente primitiva es general-

mente una sola idea, la idea que tengamos sobre el origen del hombre.

En esto soy testarudamente exagerado: el hombre tiene la misión suprema de interpretarse, y la vida no es sino la divina oportunidad de una conciencia. La sensibilidad, en el sentido que la estoy empleando, es aquella disposición íntima del temperamento por la cual sentimos, y por ende interpretamos, la realidad de cierto modo. Esa sensibilidad varía un algo con los pueblos y un mucho con las épocas. Y como un pueblo es la resultante histórica del paisaje y de la raza que se han compenetrado en larga convivencia, no hay para qué añadir que el espacio la engendra también.

Esta poderosa acción del tiempo nos explica el pleito de las generaciones en religión y en filosofía, en política y en arte, en modas y placeres, en todo, en fin. Muy probablemente la balanza de las fuerzas universales, el estado íntimo de la materia, no es constantemente igual, sino que va variando en inescrutables relaciones, que a su vez producen imperceptible cambio en los seres vivos, y, con él, una diferente constitución, un diferente temperamento y una sensibilidad diferente.

No sabemos, ni saber podríamos, que la sensibilidad de una época o de una raza exprese la realidad definitiva, sea la norma indeficiente de la verdad. Cada una de aquellas modalidades de la sensibilidad es ley de su hora y de su espacio. Sobre esto yo no sé más. Pero ello es suficiente para recusar a las nuevas generaciones que asumen una gerontofobia u odio a sus antecesores, y tratan de excomulgarlos del arte y del gobierno en nombre de un irrevaluado derecho de autoselección. Amo con efusiva complacencia la obra de la juventud, y anhelante la sigo por ver si surge la alta cumbre que hora tras hora invocamos los de una y los de otra edad, mas no acepto la repudiación airada de los mayores, y la califico de un misoneísmo al revés. Hemos presenciado en los últimos años, por ejemplo, la actitud de la crítica literaria que las nuevas generaciones hacen de la producción respectiva de sus padres, juzgándola inexistente por sentimental y desmirriada. Con ocasión de cualquier libro de arte que editan los jóvenes cultivadores de la literatura patria surge, indefectible, la inconsulta apreciación de sus coetáneos de que esa obra representa la primera aurora del arte colombiano, de que hasta entonces habíamos vivido en el limbo del talento y de la expresión artística. Les advierto con amistosa lealtad que los veo descaminados y en trance de grave error. Cada generación interpreta su hora y sus destinos conforme a su temperamento, mas nadie escuchó aún en el universo la campana que fije en un determinado instante la culminación de la humana inteligencia. El primitivo y el clásico, el gótico y el modernista contribuyeron con la interpretación de un aspecto de la realidad a la interpretación sintética de toda la realidad. Y ¿quién sabe si en la infinitud un punto cualquiera no expresa todo el infinito? Mientras eso no se ilumine, juzgar con la sensibilidad transitoria de una época la labor de todos los siglos es un estrechamiento del campo visivo que trae a mi memoria el manoseado símil de la miopía.

Un pueblo es histórico cuando ha aportado una interpretación del mundo peculiarmente suya. En el curso de esa interpretación se asocian ciertos grupos humanos en un cuerpo de nación que representa una modalidad de espíritu; por esa modalidad trabaja y de ella cobra sano orgullo, que lo unifica y mantiene en una patria cultural. Aquel espíritu enlaza una generación con otra mediante el hilo sutil de la simpatía, y es a modo de un fondo o capital común que va creciendo al lento avance de las nuevas aportaciones. A más de un sacro depósito de ideales, es surco que incesantemente nos invita, cordial y promisorio, a que sembremos en él las semillas de nuestro pensamiento. Patria y filia otra vez hallamos en su seno, uno a manera de seno de Abraham del alma de nuestros mayores adonde iremos nosotros también con la hijuela de otras inquietudes. Sin él ¿quién recogería el leve acento de nuestras voces? El las acoge y depura, él las asocia y hace perdurables, él es quien dilata nuestra personalidad por el laberinto de las edades venturas. Y no solamente a uno que fuera genial, ni a dos o tres privilegiados, pues con sutil ingenio mete toda una generación en un representante, cual si fuese el piloto de proa, y se la lleva mar adentro sobre la ondulación eterna. Por ello las naciones aman instintivamente a sus conductores espirituales. En eso consiste la patria cultural.

Esa patria es tan objetiva como lo son la raza y el territorio, a las veces más aún, porque aquellos pudieron padecer de alguna indefinición, cual ha ocurrido en Colombia, en tanto que la tradición espiritual sí se destaca inconfundible y permanente. Yo diría que la patria colombiana está hecha de fragmentos de alma: Jiménez de Quesada, José Celestino Mutis, Antonio Nariño, José Félix de Restrepo, Francisco José de Caldas, Camilo Torres, Francisco de Paula Santander, Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, Jorge Isaacs, Rafael Pombo, José Triana, Julio Garavito, José Asunción Silva, José María Córdoba y una buena centuria más de eupátridas la crearon, confundiendo en un solo hogar las lumbres de su mente y el tesón de su voluntad estoica.

*
* *

Me haría interminable si pretendiese hacer un análisis o siquiera una enunciación adecuada de cuanto obra en el concepto de patria considerado por su aspecto sentimental, el cuarto en el orden de mi estudio, mas no en la fuerza y eficacia de sus actuaciones espirituales.

Comenzando por la lengua, he de decir sin vacilación alguna que la coloco en un término medio entre lo sentimental y lo cultural, porque nunca dejé de apreciar un sentido de facultad intelectiva en ella, creadora y no sólo instrumento, pues si cumple la función suya primordial de ser un vehículo de la mente, tiene, por otro cariz una virtud catalítica, una acción de fermento ideológico, que nos permite ahondar en la interpretación de los problemas tanto como en su expresión: un vehículo que sugiere las mismas rutas ideales que es

capaz de describir. Esto se vio con estupenda diafanidad en la discusión de los dogmas del cristianismo que emprendieron los padres griegos y latinos durante los primeros siglos de la Iglesia, en la cual la lengua más rica y sutil de los primeros hizo triunfar muchas tesis que la lapidaria precisión de la romana no captó adecuadamente. Vióse asimismo en la evolución de la filosofía indostánica, rica en voces de casi impenetrable significación para nosotros, y aún se aprecia en la especulación alemana, en que se da el caso de una lengua que se va formando a medida que se le exigen mayor profundidad y más íntimas distinciones conceptuales.

La nuéstra goza de la precisión de la francesa y de la flexibilidad de la alemana a la vez, cuando bien se la conoce y se la maneja artísticamente, cuando se rehuyen sus frecuentes aliteraciones y asonancias y se expulsa de su prosa el ritmo traidor del verso alejandrino, sin padecer, como la primera, de una ordenación de cláusula casi estereotipada, ni tener de la segunda aquel acompasado golpe de atambor que la hace fonéticamente tan dura en la oratoria; mucho alcanza del vigor marcial de la latina, tan grandilocuente y sonora en los períodos ciceronianos que imitaron nuestros abuelos, y aún puede hacerse intensamente musical como la italiana, pero con musicalidad de órgano, polifónica y grave, no almibarada en suaves acentos de violín. Hay que oír cómo canta en labios femeninos madrileños, cómo ruge en la tribuna demagógica, cuán sintética resulta en sus refranes, y es de verla ondulando en el espacioso período de los clásicos o agresiva y escueta en la frase tajante de los libelistas. Rica en voces, multiplica sus haberes por la liberalidad con que las ordena en su cláusula flexible, que puede ir desde una palabra síntesis hasta llenar una página en ondulante juego de frases incidentales y expletivas, todas bien articuladas con preposiciones y conjunciones de indeficiente certidumbre y por la gracia de múltiples adverbios; estupenda ductilidad que le permite la sencillez y el énfasis o serpentinas vaguedad y sutileza, a pesar de que tiene, como cualquiera otra lengua, palabras acaparadoras, que se apoderan de varios significados, como el posesivo "su", "suyo", que nos causa una buena cantidad de anfibologías. ¿No ocurre acaso lo mismo en inglés con "to get" en francés con "même", etc.?

Rica es en voces que casi retratan cuando expresan un significado: "alma" tiene la preciosa diafanidad de sus vocales; "madre" pone vigoroso sentimiento en la primera sílaba acentuada y una entrañable dulzura en la *d* y la *e*, enlazadas apenas por la *r* para la mejor articulación y frecuente prolongación de los sonidos; "sabroso" sigue el movimiento palatino-lingual de la gustación; "libélula" evoca la levedad temblorosa de las alas...

Caudalosa aparece en desinencias diminutivas, aumentativas y despectivas, con vislumbres de restricción mental o de caricia, de suave reproche o de velada aquiescencia. En el estilo familiar, por ejemplo, nos ofrece raras combinaciones, como el aumentativo-despectivo, cual ocurre en "conversón" por indiscreto; el aumentativo-diminutivo, al modo de "mentirosón" por levemente mentiroso; el aumentati-

vo y diminutivo combinados en otra variante, pues decimos "chatoncito" por imperceptiblemente chato, y ese aumentativo contradictorio idiomático "pelón", que tanto preocupa a los gramáticos: maneras sutiles por las cuales nos evadimos de criticar lo que normalmente es desfavorable, o damos, en fin, a entender que en la imperfección se conserva todavía alguna gracia y donosura.

Asumiendo modulaciones que recuerdan y aun suplen las características de las lenguas tónicas, expresa todos los variados afectos del alma en sutiles flexiones de la voz: "pudiera yo" es una forma optativa-negativa-elíptica que equivale a "con cuánto gusto vería yo el poder esto que no puedo"; la misma construcción "pudiera usted", pronunciada de cierto modo, significa "si usted pudiera lo haría para bien mío" o "para mi mal"; "pudiera ser" denota una vaga esperanza a que se opone recóndita convicción de lo contrario; "que si pudiera" es lo opuesto a saber: "estoy seguro de que lo podré"... Y así hasta agotar los matices del pensamiento y del sentimiento.

A ello se añade que sus verbos cumplen funciones más recónditas que las de modo y tiempo, y así los vemos sugerir cortesanía en un "quisiera yo", duda en "pudiérase ello", restricción moral en "yo lo haría", etc. Algunos lamentan que hayan desaparecido ciertos modos y funciones verbales que caracterizan a las lenguas madres del grupo indo-europeo, mas ello es que por natural e implacable ley los idiomas tienden a la simplificación y a la abstracción, y así vemos que el sánscrito y el griego son más complicados que el alemán, el mismo latín que sus hijas romances, sin necesidad de aducir el típico ejemplo del muy simplificado inglés. Es que a medida que avanza la cultura espiritual, la complejidad fonética y estructural se resuelve en la multiplicidad de las acepciones, porque, siguiendo las normas gramaticales de los idiomas primitivos, se llegaría a una abundancia inextricable, imposible casi de ordenar en la memoria correctamente; basta contemplar un momento el intrincado laberinto, del verbo huitoto para formarse justa idea de su imposible adaptación a la rapidez necesaria y múltiples relaciones de una avanzada civilización.

Lástima que la tendencia popular a economizar esfuerzos esté minorando nuestro idioma en su fonética, en el empleo acordado de sus tiempos verbales, en la aplicación oportuna de miles de voces precisas que reemplazamos con el abuso inelegante de las interjecciones, con gestos de la mano o frases de clisé estereotipadas e ineptas. La literatura contemporánea no la defiende, pues optó por copiar la nuda tosquedad del lenguaje suburbano, cuando todos debiéramos tratarla como a la más aquilatada joya de la cultura nacional.

Más francamente entran las emociones infantiles del hogar en este núcleo sentimental de patria, como lo han reconocido cuantos tratan de esta materia, anotando lógicamente la estrecha relación que existe entre los sentimientos de patriotismo y de familia. Desde luego la misma etimología de patria nos conduce a pensar en lo íntimo de aquella conexión, y el hecho ineludible y prodigiosamente fecundo de presentársenos la vida en sus primeras y más perdurables impresiones a través de un ambiente familiar con un temperamento,

unos sentimientos y una ideología propios que por muchos años, si no definitivamente, informan toda la sique sujeta a ellos. De aquel grupo de impresiones infantiles se destaca con sello imborrable la influencia del ser que nos dio el cuerpo con su sangre y el corazón con su inefable ternura, al cual todos los hombres colocan en su aislamiento de suprema categoría. Es este un hecho majestuoso que debiéramos entender cumplidamente: ¿por qué una mujer, una pobre y defectuosa mujer a veces, tanto se encumbra ante el hijo y tan enaltecida se conserva en el rudo trajín de la existencia humana? ¿Es acaso el candoroso espejismo de una magnificación sentimental? ¡Nunca tal juzguemos! Ante el hijo la madre piensa y quiere conforme a las normas supremas de su espíritu, es diáfana de intenciones, leal y justiciera. Movida por un recóndito instinto de responsabilidad genitora, depura su pensamiento en las más altas cumbres de la idealidad a ella asequibles, y sobre el corazón del hijo vierte esa idealidad humanizada en lampos de ternura. Así se aparta ella del conglomerado social ambiente, y empinada sobre valores indefectibles se hace cumbre. He ahí por qué el hombre la verá después solitaria y luminosa. Y cuando a ese don genérico de la maternidad se aunaron personales virtudes que enorgullecen bravamente el afecto de su hijo ¡cuán dulce es quererla entonces ante la faz del mundo!

No exalta mi voz ningún romanticismo literario al evocar esta posición privilegiada de madre. Suelo conservar una actitud dubitativa ante ciertas exageraciones del pueblo en lo que ha dado en llamarse el misterio femenino. La mujer es como nosotros, sino que su centro de actividad espiritual reside en el amor, por lo que da en préstamo su pensamiento a los intereses del amado, hasta hacer creer al mundo que no sabe razonar sino adjetivamente, que siempre opina por los labios que la besan. Esto nada tiene de misterioso. Confirma que los intereses primordiales, los intereses afectivos, sobre todo, rigen la lógica del pensamiento. Pasada la embriaguez, la mujer recobra la autonomía de sus juicios, y aun cobra caramente, si fue defraudada en sus afectos, la transitoria sumisión. No me atrevería a negar la existencia de cierta facultad intuitiva en la mujer, mas la creo excesivamente rara al menos. En ellas ocurre que es tenaz la meditación de cuanto se refiere al problema de sus afectos, que es tenaz la observación de cuanto con ellos se relaciona, y que por tenaz ahonda en días y semanas, y en años, si es preciso, el análisis de los elementos fundamentales del juicio. De ahí su llamada intuición, que mucho se me parece a una previsión prolijamente razonada en el silencio de su espíritu. Era débil y se hizo cauta. Fue apartada y se tornó sutil. Bajo el mimetismo de la conformidad a las intenciones masculinas, entroniza la misión suprema de su sexo. Me atrevería a decir que no la profundidad ni la extensión del pensamiento, ni género alguno aparte constituye el "misterio femenino": es su orientación sibilina lo que hace fuerte la feminidad. Pero en el hijo reposa su anhelo, en él rinden la escondida misión todas sus inquietudes, y por eso a él se da en la generosa plenitud de sus potencias.

Y llega uno a otros campos en que el alma amplía sus nupcias con la vida. No es posible que mienta en nosotros el recuerdo, si tan vivo está y ajustado al sentir. Ello es que aquellas emociones ocurrieron en mí con deleitosa naturalidad, casi como si me hubiesen sido anunciadas por los sentidos antes de haberse a ellos presentado, como si las aguardase y en mí tuviesen ya su sitio. El primer conocimiento de los seres, los muebles de la casa, la calle, los campos y la distancia azul del cielo; los parientes, los amigos del hogar, los mismos transeúntes, todos tuvieron un no sé qué de ya visto, de antigua intimidad en otro mundo. ¿Lo recuerdan ustedes también así? Fue una deleitosa maravilla aquella de ver un árbol, un río de rápida corriente rumorosa, que en nuestra pequeñez vimos de orilla a orilla grandiosamente dilatado, el bosque cargado de silencio y perfumado con húmedos aromas, la pradera de gramíneas olorosas a heno y matizada con diminutas florecitas que no escaparon al ojo alerta del niño; el huerto y sembradíos donde la vista holgó en la caricia de los verdes vegetales, el vigor jugoso de los retoños, la florescencia de las plácidas legumbres, la espiga airosa de los maizales, el trigal que ondula jugando entre rumores con la brisa... Y para los que nacimos en la tierra fría de la cordillera, aquel primer viaje a la "vertiente", aquel deslumbrado mirar con que miramos el platanar munífico, el sombreado cafeto, los naranjos agobiados de frutos generosos, y el cámbulo y la palma que con un solo ejemplar constituyen bello paisaje. Los sentidos todos en junta de chiquillos curiosos se asoman a la vida y hacen fiesta común con sus diversas facultades ante ese mundo vegetal y ese otro de los animales, que de especie en especie vamos mirando y queriendo para indeleble memoria: las aves, sobre todo, y los encantadores pequeñuelos de los mamíferos, finos, vivarachos y esbeltos. Es un ir creciendo nuestro yo con ese mundo exterior, que no parece que nos abarca sino que nos prolonga y diluye en su inmensidad. Ese mundo que alimenta nuestra personalidad, que se hace nuestra personalidad, y luego al sentirnos y sentirlos tan inextricablemente compenetrados, nos revela que somos hijos de la tierra, de una tierra que es nuestra tierra, parte de nuestro yo.

El alma se inclina reverente ante el recuerdo de aquellas horas en que de la mano del varón austero y gentil que guió nuestros primeros pasos en la ruta de la vida, fuimos al templo que simboliza y enaltece la religión de nuestros mayores. Con él, que nos enseñó a amar la lealtad y la justicia y tuvo siempre firme la voz para orientarnos hacia los altos problemas de la cultura, inclinamos la cabeza en la espaciosa nave, entre el cántico litúrgico y la deliciosa humareda del incienso. Inefable emoción de problemas eternos y de incógnitas bellezas se iniciaron entonces. Talvez, que nadie me arroje la primera piedra, unos ojos suaves, color de zulia tempranera, matizaban de azul el brillo de las lámparas y de humanidad la elación de lo divino.

No es, pues, solamente un concepto, ni menos todavía una imaginación, esto de la patria sentimental: carne es de nuestra carne, a más de espíritu informado en altísimos sentimientos. En el rumbo

versátil de la vida naufragarán muchas cosas que atañen al entendimiento, mas aquellas de que se nutrió nuestra emotividad infantil, inerradicables subsisten. Mejores vendrán talvez, y las amaremos ciertamente, pero no serán de aquella índole primicial en que se arrobó nuestra inocencia al despertar al mundo. Conforme a la famosa ley de los reflejos condicionados que enorgullecen las investigaciones de la sicología contemporánea, el recuerdo, vagamente, y la ternura toda de esas horas iniciales de la vida regresarán al alma a la menor sensación de los objetos que entonces las acompañaron, siquiera sea un aroma fugaz o un leve sonido; de nuevo despertarán como el eco de una música lejana que ondula en el viento fugitivo de los campos...

*
* *

Estas cuatro columnas del sentimiento de patria nos advierten que no hay por qué apresurarnos mucho en la aceptación de ciertas teorías, ya del pensamiento filosófico antiguo, ya de la época contemporánea. Sin duda se puede pensar que la especie constituye uno a modo de organismo con vida propia ante el universo que lo hospeda y lo amenaza, y que, por lo tanto, andan justamente encaminados los pensadores que invocan una ciudadanía universal. Mas yo quisiera indicar que ello en nada se contradice con el concepto parcial de la patria, si por ésta entendemos un órgano de aquel organismo, diferenciado para mejor servir a ciertas funciones, administrativa y cultural, por ejemplo. En el estado en que se halla la civilización no puede la humanidad, como antes tampoco pudo, gobernar adecuadamente vastos imperios, de donde la existencia de una ley histórica de limitación de las nacionalidades, de fragmentación ineluctable al llegar a cierta magnitud, del mismo modo que ocurre en la constitución de los cuerpos siderales.

Otra consideración me viene asimismo a las mientes, de una importancia no menos notoria: la de que es un prejuicio el constante aspirar que mueve a los pueblos a constituir gigantescas nacionalidades, en otro tiempo explicable por la intensa necesidad de estar constantemente a la defensiva de enemigos externos y de violentas migraciones. Un estado debe garantizar la realización de las cuatro funciones que hemos analizado, en la seguridad de que mientras más uniforme sea y fácil de administrar, dará mejor rendimiento, obviará rivalidades, inquietudes internas, disímiles aspiraciones. Talvez choque este pensamiento con la arraigada convicción que hoy impera en el mundo de robustecer imperativamente las naciones y tenerlas en pie de fuerza defensiva y coercitiva. Mas, si es convincente lo que me he atrevido a opinar ante ustedes, que la función suprema de los pueblos es la de aportar a la historia una interpretación espiritual del mundo y de la vida conforme a una sensibilidad propia, todo este desenfrenado tumulto de locas ambiciones que hoy aflige y desconcierta a la humanidad, dejará de ser muy pronto.

Definida así la patria como el instrumento de una misión ideal que se acompaña de los sentimientos básicos del hombre, que por

ellos subsiste y se complace en ellos, aparece ante mi espíritu justificada, y mejor será decir enaltecida, la fervorosa devoción con que la amamos. Afortunadamente para nosotros, la nuéstra, esta Colombia de las gentiles tradiciones y de promesas ya en floración fecunda, más grandes todavía, no requiere encomio alguno de mis labios para que ante su historia augusta inclinemos la frente y la voluntad rindamos con la deleitosa embriaguez de un corazón agradecido. Por ella alimentó sus sentimientos en altísimo decoro el hombre a quien rindo en esta hora justiciera alabanza, yo, su hermano menor en las virtudes y en el tiempo.

RESPUESTA A LUIS LOPEZ DE MESA

Por EDUARDO GUZMÁN ESPONDA

Señores académicos:

La primera vez que oí al profesor don Luis López de Mesa fue hace años, con motivo de cierta conferencia que dio en el extinguido Salón Samper, cuando un grupo de amigos ligados por la afición a las buenas letras, ponía todo su entusiasmo en organizar actos de esa índole y en la publicación de una revista, *Cultura*, que debía ser síntesis del pensamiento colombiano. En aquel grupo el profesor López de Mesa era figura principal y conductora. La revista, que costó dineros nunca reembolsados a sus fundadores, mostró al público una de las condiciones más salientes del ilustre compañero a quien tengo la honra de dar la bienvenida; y es la de que ciertas cosas, fáciles a todos nosotros, son para él muy difíciles. No sabe él ser superficial ni baladí. *Cultura* recibió los influjos de su espíritu analizador y científico, realizó un grande esfuerzo y murió de seriedad al cabo de cuatro años, larga vida para una publicación desinteresada y sustanciosa.

De aquella conferencia, lejana en el tiempo, cercana en el recuerdo, al discurso que acabáis de oír, y cuya respuesta me encarga una amistad generosa, media un largo camino ideológico en que nuestro recipiendario no ha sido transeúnte ocasional que duerme la siesta mientras pasan las horas meridianas, sino viajero inexhausto, siempre ávido de nuevos horizontes espirituales.

El sitial que va él a ocupar está ennoblecido por el nombre de José Vicente Concha. Electo el presidente Concha para iniciar la serie de una nueva plaza, hubo de partir a poco para Europa, como plenipotenciario de la república ante el Papa Benedicto xv; pero si no alcanzó a recibirse, la Academia lo vio siempre atento a solemnizar con su presencia las juntas inaugurales. No olvidará la Academia